

Crónica Literaria

RELEYENDO Á ENCINA

Hace muchos, muchos años, las omnipotentes circunstancias nos permitieron leer uno tras otro, sin interrupción, los diecisiete volúmenes de la Historia General de Chile por don Diego Barros Arana. En síntesis, nos quedó una impresión indefinible de agrado y tranquilidad, un gran respeto al enorme viejo que había desencadenado esa larga y apacible corriente donde nacían todo en poesía sin que el menor entrecruce se sintiera; pero también, al mismo tiempo y pensando en otras historias de otros países, una sólida convicción de que la nuestra era soberana por su, en su naturaleza misma, por obra de los hechos. ¡Cuán novedosa! Siempre las mismas lides con las mismas batallas y su eterna parida, siempre los gobernadores y capitanes generales que llegaban, hacían su papel bien o mal y después se iban.

Por aquel tiempo yo me había devorado la Conquista del Perú y la de México por Prescott. Confieso que la diferencia me hacia suspicar. Esas eran historias maravillosas dignas de leerse; leyendas de imperios y emperadores con sus cortes y un arte refinado, templos deslumbrantes y, en el jardín de los Incas, una plástica de más toda de oro con el dibujo de las hojas y, hasta la espuma llamada caballo de ángel en que nacían entreñas las maravillas, todas hecha en el mismo metal. ¿Y qué decir de esos banquos de los anteces donde en una mesa bien abocinada nosas podíamos pillar, al centro, el manjar favorito, un chile asado? Así dice la Historia...

Mientras que la Historia General de Chile... Sólo en los años recientes, cuando empezasen a salir los tomos de la de Encina, más todavía ahora último al referirse a su país, he venido a descubrir que nuestro pasado puede compararse ventajosamente, no digo con el de México y el Perú, sino con el de otro país enigmática y hasta siniestra con una emoción y sobrecooperación con un interés que ningún más despertaría.

Y esto porque don Diego Barros pasaba la vista por encima de los hechos, las personas, los documentos y las crónicas, sin ver sino lo que aparecía a la superficie, mientras don Francisco Antonio Encina, dotado de una hipersensibilidad lúdica con lo mágico, asistido por una poderosa imaginación retrospectiva, penetra hasta el fondo de los caracteres y hace pugitar a las personas como si estuvieran ahí, dentro de nosotros, vivos.

O sea que en el fondo de su temperamento habrá en general un gran novelista, un hombre capaz de vastas construcciones puecas, pero no iguales sino superiores a la realidad, estratificadas de ella y que la interpretan y simbolizan, velviéndola comprensible.

Allí residía el secreto de la gran diferencia: no en los hechos talismánicos sino en la manera de narrarlos; no en la materia prima, sino en la forma sustancial.

Habré se lo han reprochado para que necesitase probar que don Francisco Encina fue, ante todo y sobre todo, un gran pensador y un gran poeta de la historia. De ahí que su obra se lea apasionadamente y las otras dejen frío a su lector. Es que, pese a sus detractores, Encina poseía ese conjunto de cualidades que ellos mismos se ven obligados a llamar con todas sus letras, talento.

El monótono y parejo desfile de nombres, hechos y fechas que hace grís la Historia de Barros Arana, en la de Encina, por obra de ese talento y de su penetración psicológica, se transforma en un espectáculo lleno de relieve y movimiento donde cada figura asienta su fisionomía, su carácter y su sede especiales, con frecuencia de un increíble valor pictórico.

Esto sólo ya basta para interessar. La vida entra sumilmente en el recinto íntero donde las palabras imperialan y uno ascienda con palpitante curiosidad, como en las novelas, que los va a suceder a los personajes, cómo saldrán de los entredos y los confidencie en que se han envuelto.

Ahora que atravesamos el periodo más ártico probablemente, de nuestra historia civil y una gran transformación de las leyes fundamentales se halla en gestación, las personalidades de don Juan Egara y su hijo don Mariano, dominantes en las esteras de gobierno a la caída de O'Higgins y autor principal el

primer de la constitución de 1823, poseen ilustración mucho y servirán de orientación sobre los problemas que entonces y ahora preocupaban al país y sacudían las opiniones.

Dos años más tarde durante 7 años, hasta el advenimiento de Portales, nuestra república fue propiamente un laboratorio experimental de ensayos legislativos donde no cesaron de alternarse hombres y sistemas, ideas y proyectos, reacciones y reacciones.

Dentro del grupo no muy numeroso de los que tenían acceso a sus estímulos ideológicos, que exigían una ilustración masiva entonces aun en las capas superiores, don Juan y don Mariano se alzan a gran altura y levantan la voz como maestros.

Era el primero una inteligencia extraordinariamente avanzada que se adaptaba a su tiempo y, entre otros instrumentos, tuvo la de la máquina diariográfica que solo por algunos detalles no pudo conservarse, como habría sido posible, siguiendo las minuciosas instrucciones que con ese objeto impragüó don Juan desde Santiago a su hijo don Mariano, que estaba en Londres. Desembarcado a la isla de Juan Fernández con los patriotas de la Patria Vieja durante la reconquistada, escribió allí una novela, "El Chileno Consolidado en los Presidios," que no sabemos por qué no ha sido reeditada y es por eso casi desconocida. Aunque, a vueltas de algunas ingenuidades candentes que mueven a sonreír, contiene todos los elementos para despertar el interés de los lectores y, desde luego, sirve como un documento de la época y ayuda al conocimiento de la isla que Blanca Luz Brum quiere rehabilitar y ya ha iniciado un concurso de concurso turístico.

El año 1821, don Juan Egara, querida, como todos entonces, de una ferocia en la eficiencia de las leyes y los reglamentos, sucedió a Errázuriz en la presidencia del Senado y emprendió con otros la redacción de los treinta y dos reglamentos que demandaba la aplicación del nuevo código, del cual debía salir la felicidad de Chile.

La tarea, se comprende, no fue corta y solo a mediados de año estuvo concluido el reglamento relativo a la moral, redactado en 855 artículos. Nada menos. ¡Y qué artículos! Muchos se quejan hoy de que la intervención del Estado ha hecho desaparecer la vida privada y no pocos ven allí la mano comunista que lo somete todo a su autoridad. Desengáñense. Nada hay nuevo bajo el sol. A raíz de la abdicación de O'Higgins y por obra del hombre más ilustrado de su tiempo, como era considerado Egara, tenemos, entre las disposiciones destinadas a mejorar la moral y robustecer las buenas costumbres, la siguiente medida:

Artículo 367: En los banquetes y fiestas de ciudadanos particulares donde se sirvan becos fuertes o mezclados, exceptuando el vino en comida o cena, en el acto de servirse le es hecho entre a la fiesta o banquete a cualquier persona infante o de inferior edad y entre tanto se mantenga sin practicar ninguna ofensa de obra, no podrá ser expulsado, bajo pena de \$ 600 o prisión equivalente. Tan poco podrá separarse de allí alguno de los concurrentes ni suspenderse el banquete si están llenos llenes que consumir, bajo misma pena".

Esto es lo que en buen romance puede llamarse una perla. ¿Qué perspectivas abre sobre el buen corazón y la mala cabecita del que tal idea propuso? ¿Cómo habrán pasado al lado suyo sin verla?

Si agregamos que en los veinte volúmenes de la Historia de Chile el mismo año que la describía, penetrante, sagaz, málito, habla a cada paso detalles así en pesaresnos a comprender por qué y cómo su lectura se vuelve liviana y, una vez consumida, no se puede soltar.

ALONE

Nata.— Con gran complacencia hemos visto que, al final de su docto, sintético y evocador artículo sobre el señor Encina, Monseñor Ovalle Clavijo, Arzobispo de Antofagasta, historiador prestigioso, lamenta que diez años después del fallecimiento del autor de la Historia de Chile y Nuestra Independencia, obras capitales en nuestra literatura, no haya todavía en Santiago ni el menor vestigio de su ilustre memoria, una calle, una avenida, una plaza, como los tienen tantos desconocidos que no dejaron sino ese castigo de su peso por la tierra, gente que nadie sabe quién fué, qué hizo ni por qué está allí su nombre.

Releyendo a Encina [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Releyendo a Encina [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)